

1

Imagino que ustedes acaban de posar sus ojos sobre estas líneas de un modo inocente y despreocupado. Confían en que esta será simplemente una historia más. Pero yo me veo obligado a hacerles una advertencia: piénsenlo bien, tal vez prefieran no leer este relato. Piénsenlo bien, insisto, porque lo que voy a contar aquí es un secreto que muy poca gente en el mundo conoce y, entre ellos, casi ninguno se atreve a mencionarlo. Temen sus misteriosos efectos.

Ya algunos se estarán preguntando por qué entonces yo quiero hablar. Todavía no puedo explicarlo, pero si siguen adelante pronto lo van a saber. Después ustedes serán libres de decidir si lo cuentan o lo callan para siempre. Verán que tengo mis razones para pensar que van a elegir el silencio.

Puedo adelantarles, por ahora, que se trata de un problema muy serio descubierto en la familia Clum: a ellos se les rebelan las palabras. Sé que suena extraño, pero es estrictamente cierto. Las letras cobran vida y actúan por las suyas, de forma independiente al dueño de la boca que las produce. Claro que si uno les pregunta, los Clum lo niegan enfáticamente. Son capaces de reírse a carcajadas y hacer bromas sobre una idea tan absurda. A quien no los conoce pueden parecerle sinceros. Es que lo hacen realmente bien: están acostumbrados a fingir para evitar que las cosas empeoren. Porque una de las características del mal de las palabras es que puede sobrevenir con solo mencionarlo. Por eso los Clum mantienen el secreto a cualquier precio.

No es que les suceda a todos ellos, pero al parecer existe una predisposición familiar a contraer el mal. Pasa de generación en generación, sin que nadie pueda saber por qué a algunos les toca y a otros no. Uno de los casos más difundidos fue el de la

abuela Clara, a quien de un día para el otro se le empezaron a multiplicar las eses y al hablar parecía un sifón. “Esssstoy essssspe-
rando a Ssssofía”, decía, y la gente se corría por temor a que escupiera. Fernandito también sufrió el mal: el día en que cumplía diecisiete años se levantó y descubrió que solo podía decir palabras que contuvieran la letra t. Irritado, intentó explicarlo a sus sorprendidos padres con una frase que nadie entendió: “¡Estoy totalmente atrapado: todo tiene t!”.

Peor, sin duda, fue lo de Mercedes, a quien la enfermedad la atacó pocos días después de conseguir su primer trabajo. A ella la invadieron las tin: tres letras que se le colaban en las palabras. Sucedió cuando su jefe la había llamado para encomendarle una tarea.

—Señorita Mercedes...

—Sí, señor —respondió presurosa—. Aquí estoytin.

—¿Cómo dijo?

—Nada, señortin, nadatin.

—¿Usted me está tomando el pelo?
—preguntó enojado el jefe.

—Notin, notin —dijo ella cada vez más nerviosa—. No sé quetin me pasatin.

—Mire, señorita —dijo ya harto el jefe—, aquí no estamos para bromas. ¿Va a trabajar o no?

—¡Sitin! Porsupuestin, señortin. Tintintintintintin.

Evidentemente, Mercedes se quedó sin trabajo. Pero al menos ella contaba con la experiencia reunida por la familia para intentar resolver el problema. No sucedió lo mismo con el tío Marcio, el primer caso del que se tenga memoria. Y a él quería llegar: a Marcio.

Pero antes de contarle tengo que reiterarles la advertencia: no solo los Clum pueden padecer de este mal. Se sabe que otras personas también tienen la predisposición a contraerlo. De modo que piensen bien si quieren seguir escuchando mi relato. No me hago responsable de la conducta de sus palabras de aquí en más.

Veo que decidieron seguir adelante. Espero muy sinceramente que no se arrepientan. No tengo dudas de que van a encontrar la historia de Marcio Clum sumamente interesante: a él se le escaparon las o. Así dicho parece una tontería, pero verán que no lo es. Todo empezó un domingo de 1984 en un restaurante. Marcio había planeado disfrutar de una buena comida antes de ir a la cancha, porque esa tarde jugaba su equipo. Y era uno de esos hinchas de fútbol que no se pierden un solo partido. Tras estudiar detenidamente el menú, eligió un pollo al ajo acompañado de arroz y llamó al mozo para hacer el pedido.

—Quier un pll al aj cn arrz —dijo y sus propias palabras le sonaron extrañas.

—¿Cómo? —preguntó el mozo que no había entendido nada—. ¿Desea que le traiga algo para tomar?

—¡Sí! —exclamó Marcio y se envalentonó al ver que había podido decir una palabra completa—. Una cpa de vin.

Finalmente, solo pudo tomar agua en ese restaurante, ya que, como es público

y notorio, el agua no tiene ninguna o. Salió de allí preocupado por esa extraña afección que trababa su lengua. Caminaba cabizbajo cuando una pareja lo detuvo para preguntarle la hora. Marcio miró su reloj y respondió:

—Las ds y cuart.

“Parece que es extranjero”, oyó que susurraba la mujer y la pareja siguió adelante. Marcio se sentía más deprimido a cada momento. Lo mejor, pensó, sería ir a la cancha de una vez por todas para ver el partido de fútbol: tal vez si se distrajera, el mal desaparecería solo. Pero de pronto se dio cuenta de que era imposible. ¿Qué sucedería si su equipo hacía un gol? ¿Qué iba a hacer él? Se imaginó levantándose eufórico en la tribuna para exclamar con todas sus fuerzas: ¡¡¡Gl!!!...!!! No, no tenía sentido. Marcio tiró al piso la entrada que con tanta expectativa había guardado en su bolsillo y lentamente fue a tomar el colectivo para volver a su casa.

Mientras esperaba, se dio cuenta de que tenía un nuevo problema por delante. Recuerden ustedes que en esa época aun no

existían las máquinas que venden los boletos: uno se lo compraba directamente al conductor. El problema de Marcio era que el boleto hasta su casa costaba dos pesos, pero de ninguna manera podía pedir en voz alta ese importe. ¿Qué iba a decir? ¿Ds pes? Tras pensarlo un rato, consideró que bien valía la pena gastar un poco más para evitarse un nuevo papelón. De modo que cuando llegó el colectivo, subió y en voz alta y clara dijo:

—Tres.

Pero cometía un error. Aunque Marcio no lo sabía, ya que nunca viajaba muy lejos, no existía un boleto de tres pesos: había uno que costaba \$2,80 y a ese seguía uno de \$3,50. De modo que el chofer suspiró y le preguntó:

—¿Hasta dónde viaja, don?

Pero él no estaba preparado para esa pregunta. Contestó como hubiese contestado cualquier día de su vida anterior, cualquier día en que poseía todas sus o. Marcio, acláremoslo, vivía cerca del Zoológico.

—Hasta el Zlgic —dijo.

—¿Cómo? —preguntó, ya malhumorado, el conductor.

Se hizo silencio. Cuanto más nervioso se ponía, más le costaba a Marcio pensar en una calle sin ninguna o. La gente que quería subir se acumulaba atrás de él y lo empujaba. La mente de Marcio estaba tan blanca como su cara.

El chofer se impacientó.

—¿Y, don, para cuándo? ¿Me va a decir adónde viaja?

Ya desesperado, Marcio miró hacia todos lados y vio el cartel que publicitaba un restaurante: “Cantina La Esplendorosa. Abierto mediodía y noche. En La Lucila”.

—A La Lucila —dijo.

Era el destino más lejano posible. Le costó cinco pesos y un reto del colectivo por intentar engañarlo con el boleto.

Durante el viaje, Marcio se dedicó a pensar cómo iba a decirle a su mujer, Manuela, lo que le había sucedido. Evidentemente, no era una tarea fácil: debía explicarle que por

algún extraño motivo todas sus o se le habían escapado, pero sin usar para esa explicación ninguna o. Lo primero, se dijo, era no ponerla nerviosa. No podía entrar en la casa farfuleando frases incomprensibles. De modo que se preparó mentalmente una lista de palabras sin o, para poder mostrarse como una persona normal, al menos durante un rato.

Así fue como entró muy sonriente a su casa y saludó a su mujer:

—¿Qué tal?

—Bien, ¿y vos? —respondió distraídamente Manuela, que miraba televisión.

—Muy bien.

De pronto Manuela se volvió y lo miró con extrañeza.

—¿Qué hacés vos acá? ¿No ibas a ver el partido?

—Cambié de idea —dijo Marcio felicitándose a sí mismo por tan buena frase sin ninguna o.

—¿Cambiaste de idea? Pero vos siempre vas a la cancha.

—Ajá.